



los bergantines de guerra de doce á veinte cañones. Luégo tenía á popa un doble puente, y á proa un pequeño castillo; éste armado de bombardas, aquél de cañones de latón, y á proa pedreros y espingardas. Añádase á lo dicho que pendían ocho anclas de la proa y los costados de la pesada nave.

Léjos de parecerle muy pequeña la *Santa María*, Colon la encontró muy grande; pero como los de Pálos no habían querido dar otra, le fué menester contentarse con ella. Era buque de guerra de buena apariencia, y bastante sólido, aunque viejo, pesado, de poca marcha, y nada á propósito para el oficio á que se destinaba (1).

La *Pinta*, con vela cuadrada, y la *Niña* con latina, tenían castillos á proa y á popa; pero el espacio que mediaba entre uno y otro no estaba cubierto, sino que simplemente se les había levantado las bordas del ancho de un tablon. Estos dos bajeles, provistos de artillería, llevaban cañones fundidos á popa, y espingardas á proa. Los víveres consistían en carne ahumada, tocino salado, galleta, arroz, chícharos y habas para un año (2). Ningun almirante se aventuraria en estos tiempos á una exploración lejana en semejantes buques; pero como salvo la *Santa María*, los otros dos eran de buenas cualidades para acercarse á las costas, y que las provisiones y tripulantes bastaban, Colon los encontró, como dijo, «Muy á propósito para tal expedición,» y pasó la revista del personal.

Se embarcaron, según su orden, en la capitana Diego de Arana, gran alguacil de la flota, sobrino de Colon por su mujer; Pedro Gutierrez, guarda muebles, agregado á la contaduría de la corona; Rodrigo Sanchez, de Segovia, veedor; Rodrigo de Escobedo, escribano, y el bachiller Bernardino de Tapia, cronista de la expedición.

Después venían en calidad de oficiales de mar Pero Alonso Niño, verdadero lobo marino;

(1) «Nao que era muy pesada y no para el oficio de descubrir.» Las Casas, *Extracto del diario de Colon*, miércoles 26 de Diciembre.

(2) Los tres buques iban provistos de bombas de madera para apurar el agua.

Bartolomé Roldan (1), marinero especulador, más comerciante que soldado; Fernando Perez Mateos, hombre inquieto y envidioso; Sancho Ruiz, esclavo de la ordenanza; Ruy Fernandez, buen oficial; Juan de la Cosa, apellidado el vizcaíno, diestro en teoría é hidrógrafo por instinto. Seguían el intérprete, judío convertido, bautizado con el nombre de Luis de Torres, y que conocía el latín, el griego, el hebreo, el árabe, el copto y el armenio, y después el metalúrgico oficial Castillo, platero de Sevilla.

El servicio de sanidad se componía de un tal Sr. Alonso, médico de no gran fama, y del Sr. Juan (2), buen cirujano, que trataba con mucho agrado á los enfermos. Un hombre intrépido y modesto, el honrado Diego Mendez con Francisco Jimenez Roldan y Diego Salcedo, agregados al servicio personal de Colon, en calidad de escuderos, tomaron sitio en compañía de dos de sus amigos, ansiosos de lo desconocido, cerca de la cámara que ocupaba en el castillo de popa el comandante.

Además de Jácomo, maestre, y del contra maestre, que eran genoveses, iban á bordo un carpintero, un calafate, un armero, un tonelero, y marineros y mozos de cámara en número de cuarenta, entre los cuales había un inglés (Tallarte de Lajes), un irlandés (William Ires), dos portugueses y el mallorquin Sebastian, á los que añadiendo un criado y los cocineros, da un total de setenta y seis personas. ¡Cosa notable! ninguno de los tripulantes de la *Santa María* era de Pálos, sino de Sevilla en su mayor parte, ó del resto de la provincia de Huelva. Pero en desquite, en la *Pinta*, oficiales y marineros eran todos de Pálos, parientes ó vecinos de los Pinzones, y hasta el admirador de Colon, el médico Garcia Hernandez, se embarcó bajo las órdenes de su antiguo amigo el señor Martin Alonso.

(1) Después de haber dejado el servicio se hizo en pocos años el más rico propietario de Santo Domingo, construyendo casas para venderlas. Herrera, *Historia general*, etc., década I, lib. V, cap. IV.

(2) Oviedo lo llama: «Hombre honrado y buen cirujano.» Traducción de Juan Pouleur, ayuda de cámara de Francisco I, lib. II, cap. XII.



El mayor de los Pinzones mandaba la velera *Pinta*, y tenía por segundos á su hermano Francisco Martin Pinzon, á su primo Juan de Ungria, y á Cristóbal Garcia Jimeno; como médico, á Garcia Hernandez, de Pálos, el amigo del guardian de la Rábida, y en calidad de maestre de víveres, á otro Garcia Hernandez, natural de Huelva, equivocado constantemente por los historiadores con el precedente; como auxiliares, á un tal Garcia Vallejo, pariente suyo, á Garcia Alonso y á Garcia Diego, y á los maestre y contra maestre Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, propietarios del buque.

Acompañaba á este último su pariente Juan Quintero, conocido por *el ricacho*, y, por último, venían Diego Fernandez Colmenero, Diego Bermudez, Bartolomé Colin y otros deudos ó amigos de la casa de Pinzon. Exceptuando á Juan Rodriguez Bermejo, natural de Molinos, el resto de la tripulación era de Pálos ó de Moguer, pueblos que con frecuencia se confunden por su vecindad. El total ascendía, incluso los pilotos, á treinta hombres.

La coqueta y velera *Niña*, bajo las órdenes de Vicente Yañez, y con veinticuatro de dotación, llevaba el resto de los allegados y deudos de Pinzon.

No hay duda que Colon, al terminar la revista, dirigiera á las tripulaciones una arenga, y que, cediendo al impulso de su corazón, les hablara de Aquel, en cuyas manos había de entregar su alma. Cualquiera que fuese la resolución de su gente con la proximidad de la partida, se apoderó de ella el temor, y la inminencia del peligro hizo volver todos los corazones hácia el Padre de las misericordias, procurando reconciliarse con él, y confesar sus culpas. Después fueron procesionalmente al convento de la Rábida, con su caudillo á la cabeza, para implorar la protección divina y ponerse bajo el especial amparo de la santísima Virgen. Oyeron misa, y después de recibir la comunión de manos del P. Juan Perez (1), tornaron á las carabelas en el mismo orden en que habían venido.

(1) Robertson. *Historia de América*, t. I, lib. II, p. 108.

Patética y tierna debió ser aquella ceremonia, pues todos los habitantes de Pálos participaban del mismo sentimiento de los marineros. ¡Cuántas lágrimas no regarían la capilla de la Virgen!

Con el fin de aprovechar el primer viento del Este, todos quedaron consignados á bordo, y ningun oficial tuvo permiso de dormir en tierra. Se izó el pabellón de Partenza, y Colon dispuso se le previniera en el acto la presencia del viento deseado. Luégo de despedirse de su hijo Diego, que le devolvía su generoso maestro, y de confiarlo para que lo condujera á Córdoba al lado de su mujer doña Beatriz, al padre Martin Sanchez y á Rodrigo Cabezudo, venidos de Moguer para abrazarlo, se encerró de nuevo en su celda de la Rábida (1), sin comunicarse á lo que parece más que con el venerable guardian.

Ni el temor, ni la idea del peligro le preocupaban; no se cuidaba de los hombres; pero se doblegaba bajo el peso del mandato inmenso; iba á descubrir secretos formidables, tal vez velados á los ojos de los hombres desde la creación del mundo, y pasaba las horas en consultar á Dios, en orar y en purificar su corazón, para hacerle digno de ser templo del Espíritu Santo. Su conocimiento de las Santas Escrituras dilataba su entendimiento: se sentía destinado á la misión más grande que recibió ningun mortal, pues iba á dar cima á un apostolado inaudito, llevando la cruz al través de la *mar Tenebrosa* á regiones ignoradas, y poniendo á los descendientes de Sem en relación con sus hermanos de la familia de Jafet, perdidos de tanto hacia. Sepultado en el pacífico monasterio, donde tantos y tan inesperados consuelos recibiera, se abrían más anchos horizontes á su candorosa fe ante el Supremo Hacedor, y ni su sabiduría, ni su ciencia impedían la expansión de su piedad y devoción. Meditando sobre su libro favorito, el Evangelio de San Juan, se elevaba como el águila de Patmos hasta Aquel, por quien

(2) Y después se fué Colon al mismo monasterio, y estuvo con el fraile comunicando su viaje, y ordenando su alma y vida, y apercibiéndose primeramente con Dios. Oviedo y Valdes. *Historia natural y general*, etc., lib. II, cap. V, fól. 6.



todo ha sido hecho, y su alma tierna y amorosa pasaba en la contemplación y el rezo todas las horas que no le ocupaban los oficios del coro, porque seguía con el mayor escrúpulo la regla de San Francisco. Así se preparaba el hombre grande para el gran viaje.

Serian las tres de la madrugada del 3 de Agosto, cuando Colon despertó al dulce murmullo de los árboles mecidos por la brisa de la tierra, y su oído sutil de marinero conoció en seguida el viento deseado.

Era viernes. Este día de mal agüero entre las gentes de mar, pareció por el contrario á tan fervoroso cristiano un día providencialmente destinado, porque recordaba el de la redención del mundo, el de la conquista del santo sepulcro por Godofredo de Bouillon, y el de la rendición de Granada, paladion de la morisma en Occidente.

llamó Colon á la puerta de la celda del P. Marchena; y pocos momentos despues las guardias de las carabelas pudieron ver brillar los cristales de la iglesia con las luces de los altares. Mientras la comunidad se entregaba á las dulzuras del sueño, entró sólo el peregrino, y con paso recatado, en la capilla de Nuestra Señora, en cuya ara ofrecia Fr. Juan Perez el santo sacrificio de la misa, con intencion única sin duda alguna desde la institucion de la Eucaristía, y en el momento de consumir, se acercó á los piés del sacerdote para recibir el pan de los ángeles (1). Concluida la accion de gracias salió acompañado de su inseparable amigo.

En las emociones santas el recogimiento es una necesidad, y el silencio un consuelo: la palabra turbaria esa paz del alma, que ella no puede dar, y así es probable que absortos en sus meditaciones descendieran la cuesta semisalvaje que conduce á Pálos. Apénas asomaba la aurora por el horizonte, y la brisa de la mañana, impregnada de aromas, esparcia por la floresta los últimos perfumes de la tierra eu-

(1) «Recibió el santísimo sacramento de la Eucaristía el día mismo que entró en la mar.» Oviedo y Valdes. *Historia general y natural*, etc., lib. II, cap. V, fól. 6.

ropea, que debía respetar el pecho de Colon, cuando rebotando felicidad y confianza, llegó al sitio donde lo esperaba la lancha de la *Santa Maria*.

La voz de mando de los oficiales y el pito de los contramaestres despertaron á los vecinos de las casas inmediatas; abriéronse todas las ventanas, y el grito ¡Se van! ¡Se van! resonó de uno á otro extremo de la poblacion. ¡Momento fué aquel de angustia y de dolor incomparables! Las madres, las esposas, los hijos corrian á la playa, regando el camino con sus lágrimas, y los parientes y los amigos se arrojaban á los botes, para acercarse á las carabelas, y hacer una señal de despedida á los que no se prometian ver jamas en esta vida. Colon dió un estrecho abrazo al franciscano, que lloraba conmovido, y un instante despues lo recibian en la capitana con los honores prescritos para los almirantes de Castilla. Subió á la cubierta, y de un golpe de vista examinó las disposiciones tomadas, mandó apartar los barquichuelos que estaban en torno de los buques, izar los botes, levar las anclas y cambiar la bandera de partida de la *Santa Maria* con la de la expedicion, fiel emblema de los sentimientos de Cristóbal, de Isabel y del verdadero fin de la empresa. Aquel pabellon era ciertamente el estandarte de la cruz, pues llevaba la imágen de Jesús crucificado, (1) mientras que en la *Pinta* y la *Niña* tremolaba sólo el de la empresa, señalando aún una cruz verde entre las iniciales de los reyes, superadas por una corona.

Entónces Colon, saludando á la multitud, que se apiñaba en la orilla, enviando con la mano el último adios á su amigo Fr. Juan Perez, penetrado de su mision y dominando con su voz los murmullos que se levantaban en las tres embarcaciones, mandó dar las velas al viento en nombre de Jesucristo (2).

Media hora despues, bañaba el sol el mon-

(1) «Una bandiera nella quale era figurato il Nostro Signore Jesu-Cristo in croce.» Guio. Battista Ramussio. *Delle navigatione e viaggi raccolte*, vol. III, fól. 1.º

(2) «Y en nombre de Jesus, mandó desplegar las velas.» Oviedo y Valdés, *Historia natural y general*, etcétera, lib. II, cap. V, fól. 6.



tecillo de la Rábida. Tres carabelas impelidas por el Este resbalaban por la superficie del agua, en demanda de la torre de la Arenilla, y bien pronto las sinuosidades del Odiel las ocultaron á los tristes ojos de las gentes. Pero desde la azotea del convento estuvieron viéndose las naves por espacio de tres horas, hasta desaparecer en la línea azulada del horizonte.

No es posible que el P. Marchena, que fué el primero en España que amparó á Colon, y que le dió el primer socorro y el primer apoyo olvidára enviarle desde aquella altura su última despedida, llamando la bendicion del Señor sobre una empresa á todas luces inspirada por Él, como lo prueba el sello de prodigiosa y sobrenatural que llevó siempre.

### CAPITULO XIII

Averis preparada en la Pinta—Llega á Canarias—Partida—Primera observacion de la via-  
cion de las profetas—Descubrimiento de la desolacion magica—Nuevo aspecto del  
Océano—Pavor de los marinos—La mar herpica—Conjuncion y aislamiento de las tres  
carabelas—Firmes de Colon—Problemas al descubrir el mundo—Noche del viernes 12 de Octubre de 1492

Nunca se han descubierto los historiadores en  
circunstancias completamente los incidentes  
de esta navegacion, pues todos se limitan al  
extremo que nos dejó el Diario de Colon: el  
párrafo de las Casas que lo tuvo á la vista por  
desgracia el P. Las Casas, aunque lleno de  
amor á la humanidad, careciendo de senti-  
mientos poéticos y ajeno á los encantos de la  
contemplacion, á pretecto de algunas res-  
puestas de la historia á algunas cuestiones  
debe con tanta novedad, y con tanta se-  
ria hoy tan grande. El mismo silencio no fué  
de gracia en la historia, ni el silencio de  
grandes que vivieron el estilo del contem-  
plador de la creacion, sin sospechar siquiera  
lo que sus observaciones vedaban á la posteridad  
habia transmitido más que la esencia de  
tan preciosas producciones por multiplicadas  
muestras en el espacio, con el auxilio de la  
historia del mundo escrita por su hijo don  
Fernando de la Orotina de las Indias por  
Fernando Fernandez de Oviedo, del descubrimiento  
del curso de los rios de las Indias, de las Indias  
deca de Pedro Alonzo de Angulo, de la Cuba  
con de datos de Fernando de la Orotina del